

Confianza y devoción a la santísima Virgen

Queridas hijas,

Vamos a celebrar una serie de fiestas de la Santísima Virgen. Nuestra Señora. El domingo pasado fue la de Nuestra Señora de los Siete Dolores. Hoy es la de Nuestra Señora de la Merced. Luego las fiestas de los domingos de octubre, el Patrocinio, el Santo Rosario, la Maternidad y la Pureza.

Este es un buen momento para hablaros de la confianza y la devoción a la Santísima Virgen. Muchas veces os he hablado de esto. Por eso, hoy sólo me detendré en un punto de vista particular, que es bendecir a Dios muy a menudo por las gracias y perfecciones que ha regalado a la Santísima Virgen. De todas las obras que Dios ha hecho visibles a los ojos del hombre la Santísima Virgen es la más maravillosa. Es la criatura, en la que todas las virtudes están unidas a todas las perfecciones, en quien la humildad equivale a la grandeza, - que, en toda circunstancia y acontecimiento, da respuesta de la virtud más perfecta.

Cuando el Ángel vino a ella para anunciarle el misterio de la Encarnación, recibió esta sublime respuesta: «La admiración de los siglos: Yo soy la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Al pie de la cruz, guardó un silencio más admirable que cualquier palabra, y permaneció junto a Jesús, muriendo de la muerte más cruel. Conviene recordar a menudo lo que fue la Santísima Virgen para bendecir a Dios.

En Laudes, bendecimos a Dios por todo lo que ha hecho en la creación: la tierra, el mar, las montañas, los valles...; por todo lo que ha hecho para el servicio del hombre. Invitamos a todas las criaturas a bendecirle. No creo que pueda haber una mayor devoción a las fiestas de la Santísima Virgen que bendecir a Dios. Por haber hecho una criatura tan buena, tan agradable, tan santa, tan elevada en gracia y que resume en sí misma todas las clases de belleza que se encuentran en las demás criaturas.

Los teólogos nos dicen que no basta con admirar en María lo que ella es por gracia, sino que debemos admirar también la maravilla que Dios hizo en ella como creación natural. Pues es una maravilla en el orden natural. Sobre estos dones, tan perfectos y sublimes de la naturaleza, Dios ha añadido los tesoros de su gracia de forma tan eminente que el primer grado de esta alma privilegiada fue la gracia más alta que jamás han recibido los santos.

A ella se aplica este versículo de los salmos: *Él la ha cimentado sobre el monte santo*. Es decir, María comenzó en el grado de gracia en el que se encuentran los santos cuando terminan. Poseía desde el primer momento de su inmaculada concepción la más alta perfección a la que puede llegar un alma humana, la más avanzada en santidad.

Así comenzó María, privilegiada entre todas, santificada en su concepción, llena de la gracia más eminente, elegida por Dios para el fin más perfecto, destinada a ser la nueva Eva. Y entonces, por una fidelidad sin límites, respondió a todas estas gracias, creciendo siempre, para llegar a ser esta alma tan perfecta en el amor, tan generosa en el sacrificio, tan fuerte en el dolor, tan unida a Nuestro Señor, tan plenamente su imagen que nos es imposible formarnos una idea de la grandeza de su perfección.

Habiendo mirado así a la Santísima Virgen desde el punto de vista de la alabanza, admiración y bendición que se debe tributar a Dios, queda todavía mucho por hacer. Pero me interrumpo para subrayar que una parte muy grande del culto que debemos a Dios, no lo olvidemos, consiste precisamente en alabarlo, adorarlo, glorificarlo y darle gracias. Recordad el Gloria: *Te alabamos, te bendecimos, te glorificamos, te damos gracias*. Todo es para alabanza a Dios, y sólo después escuchamos la oración: *Tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros*.

Así, en la vida espiritual, debe darse un lugar muy grande a los actos por los que adoramos, alabamos y glorificamos a Dios, primero en sí mismo y luego en todas sus obras. De todas las obras de Dios, la primera es la Encarnación, Es una obra infinita, una obra adecuada al poder divino.

También la Santísima Virgen es una obra en cierto modo infinita obra, ya que la creación de una madre virgen es una obra absolutamente incomprensible para los hombres, y que es fruto de la infinitud de Dios. Debemos, pues, hacer de esta obra maravillosa de Dios objeto de nuestras bendiciones, glorificaciones y acciones de gracias.

Los que creen que, en la vida espiritual, basta rezar para obtener lo que se necesita, buscar en la meditación lo que no se tiene, comparar la propia alma con Dios mediante el examen, están muy equivocados. Estas cosas son sin duda necesarias, pero no son suficientes en nuestra relación con Dios. La virtud de la religión exige que primero miremos las cosas desde el punto de vista de Dios y que busquemos sus intereses.

Paso al segundo aspecto bajo el cual debemos considerar a la Santísima Virgen. Es un aire de alegría y de consuelo para nosotros, pues se trata de sus misericordias. Dios creó en ella el más perfecto corazón de mujer, el corazón más santo que puede haber entre las criaturas. Lo llenó de bondad, de misericordia para con nosotros, de celo y de compasión por los pecadores.

Como Dios, bondad soberana, desea siempre comunicarse a sus criaturas, María, su criatura más perfecta, tiene un deseo constante de comunicarnos las gracias recibidas de Dios de las que está llena y de la que es la dispensadora. Por eso es verdad al decir *que nunca ha sido invocada en vano*, que nunca ha rechazado a nadie, que nunca le ha faltado su ayuda a quienes se la han pedido con fe.

No tenemos suficiente confianza en la Santísima Virgen. Si la invocáramos siempre en las tentaciones, en las penas, en las dificultades, si acudiéramos a ella como a una madre, si nos arrojáramos con amor y con confianza en sus brazos, no estaríamos tan a menudo rotos y aplastados, porque siempre la tendríamos a ella por su apoyo, de su corazón maternal para apoyo y sostén, - y un corazón maternal de lo más puro el más puro, el más santo, el más perfecto, el más poderoso que jamás haya existido.

Los habitantes de la ciudad celestial nos cuidan y nos miran con una solicitud mucho más continua que los habitantes de la tierra: no debemos olvidarlo. A veces decimos ¡Si alguien pudiera ver mis penas! (No lo digo en un sentido puramente natural, lo digo desde una verdadera necesidad del alma...) Si mi superiora, mi director pudiera ver el estado de mi alma, sus dificultades, sus necesidades, ¡y me ayudara...! Hijas, es cierto que nuestro Señor ve todo esto. Él ve vuestra alma, ve sus penas, sus dificultades. Él está constantemente pendiente de darnos la gracia que necesitamos.

La Santísima Virgen cuida también de nosotras, y especialmente de las religiosas que llevan su nombre y que son sus hijas. Aunque es la madre de todos los cristianos, nosotros la tenemos como madre de un modo especial ya que, al dejar a nuestras madres, la hemos elegido nuestra madre de modo distinto a las almas bautizadas o incluso de las que se consagran a ella ya en su primera comunión, ya en sus primeras fiestas solemnes, o en sus asociaciones.

María es nuestra madre del mismo modo que Jesucristo es nuestro esposo. Y así como Jesús es el esposo del alma fiel, también lo es del alma religiosa, así también la Santísima Virgen, Madre de todos los bautizados, lo es con otro título que llevan su nombre.

Hoy la honramos como Madre de la Misericordia. Y la leyenda del Breviario, que leímos anoche, la presenta llena de sufrimientos por estos pobres cristianos que gimen bajo el yugo de los moros, que ella suscita fundar una Orden para liberarlos Ella también ve nuestros sufrimientos y se preocupa por ellos.

¡Que la mayor confianza responda a ese cuidado que ella tiene de nosotros! ¡Que esta confianza se extienda, que crezca cada día a medida que experimentamos los efectos de su bondad maternal! ¡Que los afectos de nuestros corazones estén cada vez más con nuestro Señor, con la Santísima Virgen y con los santos habitantes de la ciudad celestial a la que esperamos llegar un día!

Diré sólo una palabra sobre la imitación de la Santísima Virgen. Puesto que nos alegramos tanto de su bondad, de su misericordia, de su mansedumbre, de su humildad, de su indulgencia, de su unión con Dios, de su obediencia, ¿no sería un error no intentar vivir alguna de sus virtudes, para que las criaturas encontrasen en nosotras algunos rasgos de nuestra madre celestial? Que las ocasiones y las circunstancias hagan brotar en nosotras respuestas de sumisión, humildad y fe que se parezcan a las de ella, y sobre todo un silencio como el suyo.

Este es un gran punto para imitar. Observad en el Evangelio ¡cómo María guarda silencio! ¡cómo nunca habla de sí misma! Hoy, celebramos a María, Madre de la Misericordia, hagamos un esfuerzo especial por imitar su mansedumbre, su bondad, su caridad con todas las criaturas.